

De lo ínfimo a lo infinito: palabras, mundos e identidad

CHAIME MARCUELLO SERVÓS

*Los dioses no revelaron desde un comienzo
todas las cosas a los mortales,
sino que estos, con el tiempo,
descubren lo mejor.
Jenófanes, frag. 18.*

Conocí a mosén Rafel Andolz fugazmente. La primera ocasión, siendo yo un *mozé*, vino a casa a conversar con mi padre. Mosén Rafel andaba buscando palabras para su diccionario. Alguien le había dicho que tenía que hablar con Ángel Marcuello.

De esta forma, su trabajo como etnolingüista le trajo a *Samianigo*. Para entonces su archivo era ya importante. Estaba embarcado en la recopilación de más palabras para su *Diccionario de Aragónés*. De aquel encuentro se llevó algunas sugerencias y el intento de mi padre de enviarle las listas de vocablos que fuéramos transcribiendo. Y para mí supuso un aldabonazo. Me descubrió un universo nuevo, lleno de diferencias.

Entonces, por primera vez, fui consciente del peso de las palabras. Tienen historia y destilan historias. La lengua de casa y de la calle iba más allá de la ortografía y la gramática de la escuela. Incluso mi padre –a la sazón maestro– pasó a ser el contrapunto al sistema –en el que estábamos y del que nos alimentábamos.

De hecho, fue la mejor fuente de formación en ese hablar censurado, estigmatizado y no existente propio del entorno en el que me crié. Él mismo sabía por experiencia propia lo que significaba.

Este ensayo quiere tomar como punto de partida esa vivencia personal para teorizar después –breve y sucintamente– a propósito de asuntos como la identidad, el sentido, el lenguaje, los imaginarios sociales y la memoria colectiva. De algo tan minúsculo e ínfimo como una palabra, resca-

tada del hablar popular, se descubre la dimensión potencialmente infinita de la vida cotidiana como trama de relaciones sociales donde cuajan el mundo de lo posible con la identidad de quienes lo hacen disponible.

Un descubrimiento

Quizá ahora decir que las palabras construyen mundos es algo tan obvio como repetido. La reflexión de las ciencias sociales ha hecho que hoy no se cuestione la relación entre orden del mundo y lenguaje. Pero ha tenido que pasar el siglo XX para que este enunciado haya adquirido el rango de relevancia teórica que merecía. Otra cosa es que se pueda desenrañar al completo esa trama de relaciones y efectos entrelazados entre ambas esferas.

Reconocer con Heidegger que «el lenguaje es la casa del ser», ha sido un acto entre la poesía y la teoría más densa. Y construir un *corpus* lexicográfico del aragonés ha abierto precisamente un encuentro con una forma de nombrar el mundo pendiente de *status* político y demográfico. Es decir, la acumulación de palabras va más allá de la filología desde el momento que consolida unas referencias del mundo que son claramente divergentes con las estructuras sociales dominantes. Pero más acentuado, si cabe, cuando hace referencia a una sociedad que está en claro proceso de desaparición. El *juggernaut* de la Modernidad¹ ha traído las aceleraciones de la industrialización. Como consecuencia, los procesos asociados de «destrucción creativa» generados por capitalismo, como bien señaló Schumpeter,² han ido dejando de lado –cuando no arrasado– el solar donde las palabras recogidas por mosén Rafel se asentaban.

El logos,³ como *verbum* y razón del mundo, siempre pasa por y es el filtro de la realidad social en la que cada humano nos humanizamos. Descubrir ese algoritmo social provoca una toma de consciencia que obliga a revisar cómo se lee el mundo. Pero antes de seguir ahondando en este aspecto, quizá, es mejor recuperar el origen de este texto.

En este caso, cuando Rafel Andolz se marchó –tras conversar en el salón–, dejó en nuestra familia una estela de aire fresco. Mi padre nos contó con pasión el trabajo que estaba haciendo aquel señor, hasta entonces, desconocido. Su presencia en casa trajo la oportunidad de tomar en cuenta el modo con el que estábamos leyendo la realidad. La vida cotidiana apare-

ció cargada de una diversidad que permitía expresar sentimientos y nombrar cosas del mundo con consciencia de sentido e identidad.

Fue ese mismo día cuando mi padre nos relató a *mía chirmana* y a mí mismo su experiencia al aprender a escribir. La conversación con mosén Andolz le trajo a la memoria recuerdos que permanecían a la espera. En su biografía particular –tercer hijo, seis hermanos, una familia pobre, última en el escalón social de Anzánigo– el tránsito de la sumisión obligada por la ignorancia a la autonomía que permite el conocimiento supuso una posibilidad de movilidad social y una auténtica emancipación. Un paso fundamental.

Mis abuelos paternos fueron analfabetos hasta que su hijo les enseñó las primeras letras. Pero antes –y esto es lo que nos contó– en la escuela del pueblo pasó verdaderos apuros para encajar el hablar cotidiano con las letras del abecedario. Esas letras y sus sonidos no servían para decir algo tan normal como *buxo*, *xordiga* o *xarticar*. Su maestro –adali de sus estudios futuros– entendía la dificultad, pero no podía explicar la paradoja. Dicho deprisa, ni la equis, ni la ese, ni la che españolas sirven para resolver la fonética de la equis aragonesa. Un *buxo* es un *buxo* y no un /bucso/, un /buso/ o un /bucho/. Fue bastantes años después cuando encontró la solución al problema. Los estudios de filología hispánica serían la senda por la cual averiguar los entresijos de la fonética, en general, y de la infancia, en particular.

Mosén Andolz, por su parte, facilitó una vía para reflexionar sobre la lengua aragonesa y para, a su manera, completar el universo de lo existente. Seguía la estela de gentes como Borau o como Pardo Asso,⁴ que en su momento habían intentado recopilar las voces del hablar popular de este país. Para muchos, para la mayoría de las gentes de los pueblos aquellos trabajos pasaron inadvertidos. Ni la información llegaba ni tampoco contaba demasiado. La conciencia sobre el propio modo de hablar ni existía, ni servía, ni se barruntaba. La lengua vernácula era legal y eruditamente inexistente. O a lo peor, en más de una ocasión, causa de escarnio y mofa por parte de quienes eran capaces de «hablar bien». Sin embargo, los trabajos de Andolz han tenido una clara repercusión en el entorno. El momento ha sido mucho más propicio que la época de Pardo Asso.

El sustrato social era distinto. La sociedad de postguerra –considerando como referencia las coordenadas lingüísticas y político-económicas– se dividía en dos conjuntos disjuntos e insistentemente separados entre sí.

Los listos, que además saben hablar, tienen poder, tienen perricas y, si no las tienen, se parecen a los que poseen las claves para controlar el orden social. Los tontos, que *charran fiero*, que no saben, que han nacido para servir, que tienen que aprender que son controlados como títeres por los caciques u oligarcas de turno. Así las cosas, ¿quién iba a querer *hablar mal*? Nadie, nadie quiere pasar por tonto. O en su caso, como decía Heráclito (frag. 95), «la ignorancia es mejor disimularla», con lo cual se abría un repliegue hacia la privacidad.

Las palabras pasaron a estar censuradas... ¡A los niños se les habla bien! Con los de fuera que no se note. Solo en los momentos de verdadera relación y confianza las defensas se dejaban a un lado.

El descubrimiento que aportaba el trabajo de Rafel Andolz era una puerta abierta para descubrir la realidad y sacar *d'a fosquera* la conciencia. Era también un estímulo a imitar y un referente de identidad. Paralelo a la emergencia del proceso sociopolítico de la Transición, a la emergencia de las autonomías, en definitiva, una tiempo de cambio social surgiendo desde las profundidades de la sociedad.

Las listas de palabras

Después de la estancia de Andolz en casa, nos quedaba por delante la tarea de hacer listas de palabras. Había que apuntarlas. Fue en una libreta pequeña, medio reciclada. Porque estaba casi sin usar, pero estrenada. Antes de nada lo primero era hacer oído. Después preguntar. Anotar. Y, por último, pasar a limpio la lista en folios mecanografiados.

Estuvimos entretenidos una larga temporada. No solo eran las palabras de casa y de los familiares. A todo conocido al que sentíamos con parabros del país le interrogábamos... ¡Cuántas conversaciones! ¡Si se hubieran grabado!

La señora Cesárea⁵ de Ordovés, con quien pasé muchas tardes *charrín-charrán arredol d'o fogaril*. Una mina *d'adebinetas*, de *romanzas*, de miles de pequeñas historias. El señor Pablo, su marido. *Os míos lolos*. Mis tíos, amigos de mis padres... las propias expresiones que usábamos entre los compañeros, en la calle y en juegos.

Las palabras cotidianas pasaron a ser un enigma. ¿Cuántas de las que decíamos estaban en el diccionario? ¿Cuántas no aparecían ni siquiera con

aquello de «arag.» como acotación? ¿Qué pasaba con nuestras propias formas de hablar? ¿Por qué no nos entendían los maestros *foranos* cuándo pedíamos el *tajador* o amenazábamos con *encorrer*, o tantas y tantas expresiones? ¿Por qué molestaba a los propios decir «eso es aragonés»? ¿Por qué mi amigo Miguel, ya en el Instituto, se resistía a creer que *indo* no era un gerundio español? ¿Por qué nos burlábamos de *ixe*, porque usaba constantemente *iste/alo*, *ixe/alo*?

Las preguntas se fueron amontonando a medida que indagaba en aquello de la lengua. Fue más o menos por entonces cuando, además, comenzaron unos cursos d'aragonés que iniciaron en las aulas del IPEA (Instituto Pirenaico de Estudios Agrarios) –desaparecido tras una efímera existencia– que no eran otra cosas que los salones de la parroquia de Santiago. Las clases nos explicaban con formas raras, cuasiesotéricas –propias de los filólogos– las estructuras de lo obvio. Aquello que utilizábamos respondía a unas reglas gramaticales, etc.

Para algunos esa nueva «normalización» era un invento. Otros lo criticaban porque no tenía sentido –¡después de tanto que nos han dicho que hablamos mal, ahora vas a ponerte a aprender!–. La mayoría pasaba de todo. ¿Qué beneficio se puede encontrar con estos rollos?... Mi padre, desde la sombra de casa, nos animó siempre a que no *reblar* en aprender más y en tener argumentos para poder defender el valor de las palabras que, curiosamente, no estaban en los diccionarios.

¿Cómo es posible que un vocablo utilizado por «todos» no esté registrado adecuadamente? ¿A quién interesa que el 'habla' esté correctamente registrada? ¿Qué consecuencias tiene esa afición registradora?

Son preguntas que nos remiten a la relación entre orden, ciencia, interés y control social. Las lenguas, como los estados, como la ciencia y la verdad, son invenciones. Inventos humanos que operan y modelan la realidad en la que nos humanizamos.

Mirando hacia atrás –ahora que han pasado algo más de veinte años–, es evidente que hemos asistido a un proceso radical de transformación social donde no se sabía ni se tenía control de las claves profundas de lo que se estaba dejando en el camino. La revolución industrial fagocitaba lentamente la sociedad tradicional. El mundo cultural donde las palabras que buscábamos tenían su sitio iba siendo sustituido por otro diferente.

En el caso de Samianigo se daba la expresión de las antinomias yaporías de ese cambio social. Por un lado, se solapaban las pautas sociales innovadoras al lado de los restos de las más tradicionales. Por otro, se ponían a la par pasado, presente y futuro... y predominaba una atmósfera cargada de temor. El miedo a la guerra estaba muy fresco. *A o mio lolo* Elías le escuché montones de batallitas. Que si carabineros, que si los rojos, que si el puente o Ruso, que si maquis, que si el hambre, los fusilamientos... Todo expresado en un aragonés variopinto y diglósico. A la vez, las consecuencias de una España «una, grande y libre» incidían de lleno en el uso de la lengua vernácula.

Las idiosincrasias podían servir para el folklore vistoso de sellos y actos patrios. No más. Las diferencias, los particularismos recordaban que el derecho a disentir estaba censurado. Hacer listas de palabras de una lengua «científica» y legalmente inexistente era como una muestra más de las paradojas anteriores.

Aquellas listas de palabras se quedaban en la mitad del *esbarre*. Entre lo que estaba dejando de ser y lo que podía permanecer. La realidad de los pueblos y a *suya chen* iba convirtiéndose en montones de paredes *espaldadas*, fuentes perdidas, gente emigrada... un mundo sustituido, borrado, dilapidado, huído... En la mayor parte de los casos, fue la única forma de salir de la miseria. La ruta elegida para nada fue la mejor.

Las palabras que íbamos registrando no sabíamos si se convertían en piezas de museo –para que con el tiempo las disfrutara quien quisiese– o eran los papeles previos al acta de defunción. Una sensación extraña: ahora que hay diccionario, ¿para qué lo queremos?

Logos y cosmos

El orden social imperante había impuesto un modo de interpretar la realidad. Lo cual no es nada extraño, ni raro. Basta con recordar a BERGER y LUCKMANN (1995, 57): «el lenguaje se me presenta como una facticidad externa a mí mismo y su efecto sobre mí es coercitivo. El lenguaje me obliga a adaptarme a sus pautas. No puedo emplear las reglas sintácticas del alemán cuando hablo inglés; no puedo usar palabras inventadas por mi hijo de tres años si quiero comunicarme con los que no son de mi familia; debo tomar en cuenta las normas aceptadas en el habla correcta para di-

versas ocasiones, aun cuando preferiría usar las mías ‘incorrectas’, de uso particular».

Lo anormal, por su desmesura, era el mecanismo intolerante e imperativo dictatorial. Porque, por lo demás, toda sociedad o grupo humano se convierte en un sistema cerrado de posibilidades de interpretación de la realidad. Y considerando lo que dicen BERGER y LUCKMANN (1995, 124...), los *universos simbólicos*⁶ son a la vez fuentes de legitimación y mecanismos de control social. Nos presentan las posibilidades y los límites. Acotan la realidad. Marcan el lenguaje y cierran las fronteras de lo imposible, inadecuado..., de lo pertinente y permitido, por supuesto.

Esto venía acompañado de un proceso de institucionalización y de repetición de hábitos sociales extendido desde las estructuras verticales del estado. Los procesos de disonancia social pasaban sumárisimamente a ser ubicados en el territorio de la herejía social. Por tanto, procedía a ser aplicada las terapias necesarias o, si no se conseguía devolver al redil de la ortodoxia, se procedía a la aniquilación sin paliativos.

Así las cosas, la idea dominante de España venía construida desde Viriato, pasando por don Pelayo, los Reyes Católicos y la última Cruzada. En esa trayectoria no podía entenderse una lengua distinta al castellano. A esa que la Real Academia Española, cuida, limpia y da esplendor.

En esa atmósfera simbólica, el sistema educativo favorecía, mejor dicho, tenía la tarea de someter la diversidad secular en un modelo único. Primaba el vector homogeneización. El paradigma de lo perverso eran los reinos de Taifas –territorios de moros e infieles–. La unicidad del ser y su univocidad eran consecuencia directa del caudillismo imperante. Algunos, si hubieran tenido poder suficiente, querrían haber vuelto a la lengua del Sacro Imperio.

Los trabajos de Andolz recuperando y registrando esa parte del cosmos reclusa e invisible contravenían las tendencias. Sucedió en un tiempo bisagra –mitad de la década de los setenta–. A la vez, tenían lugar el proceso de recuperación⁷ y los últimos pasos del fin de la sociedad tradicional.

Era también muestra de un proceso más amplio de innovación social que había sido precedido por una larga travesía marcada por la sangrienta guerra civil, colofón a un enfrentamiento contra la Modernidad y sus efectos modernizantes. Es decir, España pasó por entonces de la exaltación de la diferencia –recuérdese el sonsonete del *Spain is different!*– a la bús-

queda de la homologación con los países occidentales. Era un proceso múltiple y complejo que tenía repercusiones tanto en la dimensión interna como externa, en lo micro y en lo macrosocial.

Así, mientras que en la dimensión internacional la idea de España se quería reconstruir,⁶ reconquistando prestigios y venciendo exclusiones anteriores, en la dimensión interna, la muerte de Franco y la insospechada Transición dieron paso a una novedosa democracia lanzada a replicar el modelo occidental imperante, conviviendo con procesos de combustión de hábitos y límites simbólicos de décadas anteriores.

El orden de cosas iba a ser sustituido progresiva y aceleradamente. Las estructuras tradicionales premodernas dejaban paso a la Modernidad y, con ella, a la industrialización junto con sus efectos asociados. La idea de España y la imagen de ella por parte de los españoles había entrado en un hondo proceso de mutación.

De fondo, latía una corriente de transformaciones silenciosas. Unos cambios como plantea PÉREZ DÍAZ (1996, 455) desde las bases sociales:

sujetos sociales	revoluciones
amas de casa	incorporación a la sociedad de consumo
jóvenes	permisividad moral y sexual
labradores	mecanización del mundo rural y las tareas agrícolas
curas	renovación litúrgica y pastoral
arquitectos	transformación urbanística de las ciudades
alcaldes	modernización y especulación con los terrenos

Elaboración propia, a partir de PÉREZ DÍAZ (1996)

A los que se tenía que sumar, en el caos del aragonés, la coexistencia de dos fenómenos. Uno, la dilución de identidades en un amasijo homogeneizador. Otro, la recreación de las señas identitarias con la exaltación e intento de recuperación al estilo romántico de lo casi perdido.

El cosmos de nuestra infancia se quedaba superado. Los valles de la Montaña dejaban de ser islas. Las listas de palabras comenzaban a ser una llamada a recuperar el cosmos. Tenían algo de generadoras de espacios de identidad. Como siempre, la palabra juega su doble rol. Por un lado es un asunto ligado a la explicación de las cosas que pasan –cosmológico, fenomenológico, ontológico...-. Por otro, es creadora de sentido y realidad –cosmogónico, fenoménico, óntico...

Los sujetos sociales –protagonistas del uso cotidiano de la lengua– comenzaban a percibirse ante un mundo distinto más abierto, con posibilidades diversas, con escenarios nuevos que retomaban la historia pasada para hacerla lugar de sentido. En esto, la explosión etnológica se consolidaba. El repliegue hacia la privacidad pasaba a ser algo innecesario e incluso trasnochado. Más bien al contrario, en algunos actores sociales surgía la necesidad de conquistar las señas de identidad para no ser arrollados por las nuevas inercias modernizantes.

Las revoluciones silenciosas sustituían protagonistas de la escena social. Dicho de otro modo, aquellas listas de palabras, el diccionario, la gramática, los cursos, el proceso de normalización, la proliferación de literatura... eran reflejo de esa potencia socializadora y sociogénica del lenguaje⁹ como asunto social. El aragonés ya no era una sorpresa, ni un descubrimiento.

Identidad, sentido y lenguaje

A medida que el elenco de palabras registradas crecía también aumentaba la noción de diferencia. Por tanto de identidad. Esta siempre tiene como eje la distinción y el extrañamiento –suele ser más fácil decir qué es lo que uno no es que lo que es–. Esas palabras que antes decíamos, que no sabíamos si se convertían en piezas de museo o eran los papeles previos al acta de defunción, llevaban en lo personal a insistir en la diferencia.

En esta línea, las experiencias más interesantes surgían siempre de la mano de los especialistas en las cuestiones filológicas. Nunca olvidaré un acalorado debate con la profesora de literatura y lengua española del instituto. Fue un pulso interesante. Para entonces, personalmente tenía claro que el aragonés es un dialecto del latín y que tiene en sí mismo una riqueza y una entidad propia suficientes como para ser tratados con dignidad académica. La profesora –ex alumna de Carreter y otros ilustres aragoneses– nos pretendía explicar que aquellos modismos locales eran restos de una variante dialectal del castellano. Aquello se convirtió en un toma-y-daca en el que solo el apoyo paterno desde la tramoya permitía aportar datos que contraargumentaban las tesis del libro de texto y de la docente. Terminé leyendo trozos de los *Orígenes del español* y recurriendo a los párrafos donde se recuerda que las primeras muestras del castellano

tienen mucho de lo que Menéndez Pidal llama «navarro-aragonés». Y concluyó la polémica con que «en el examen pondré lo que usted mande, pero eso no cambiará las cosas».

Recogimos unas cuantas hojas que mi padre quedó encargado de enviar. Sé que volvieron a verse. Pero no estuve preocupado de seguir con ahínco. Una lástima. La de cosas que podría haber aprendido. En fin, las cosas solo se ven a posteriori. A toro pasado es fácil decidir.

No obstante, la toma de conciencia a propósito de ese hablar local y familiar fue una cuestión importante. Permitió también pasar a la reflexión sobre la identidad. E incluso, la profesora anterior, supo colocar sus atinadas banderillas con unas buenas llamadas de atención. De hecho, si no hubiera sido por ella creo que no me hubiera preocupado por seguir insistiendo. Dijo: «Mucho hablar de Aragón y del aragonés, pero no hacéis nada».¹⁰

Una parte de la identidad personal se estaba afirmando frente a un interlocutor que era muestra de lo que no se quería ser. O mejor dicho, las referencias que proponía espoleaban a insistir en una dirección distinta. Se trataba entonces, no de buscar románticamente palabras y apuntarlas, sino de pasar a elaborar una reflexión que permitiese decir: «esto tiene sentido».

Y todo hecho a trompicones adolescentes, carentes de cimientos sólidos, saturados de intuiciones, repleto de un atrevimiento y una fanfarronería directamente proporcionales a la mucha ignorancia. Esto aconteciendo como asunto individual en un contexto de cambio colectivo.

La llegada de la modernidad y de los procesos sociales asociados acentuaba, por otra parte, la necesidad de buscar asideros para no perder el solar de las referencias anteriores. No se puede sustituir el mundo de esta mañana de un simple carpetazo. Perdón, se puede. Pero sus efectos sociales generan tensión, sensación de pérdida e incertidumbre... Algo de eso vivían —están viviendo— las generaciones mayores. La *destrucción creativa* que nombrábamos al comienzo sigue siendo el procedimiento dinamizador. Solo un ejemplo, frente al insistente credo montañés que aconseja «vivir de no gastar», ahora es mejor tirar objetos antes que éstos se apoderen del espacio vital.

Hoy los códigos socialmente compartidos con los que interpretar la vida cotidiana se han transmutado, pero insistiendo en la «multiversidad» de dimensiones. Se solapan las viejas palabras, rescatadas en canciones, en cursos, en intentos de revivir... Con la anglosajonización homogeneizante

del proceso globalizador de los capitales... Si cabe, nuestro mundo de referencias se ha hecho mucho más complejo.

Imaginario social y memoria colectiva

El legado de Rafel Andolz va más allá de lo que aquí ha servido para ensayar una reflexión a modo de admiración y homenaje. Su tarea como escritor, antropólogo, etnógrafo, historiador, filólogo... ha permitido consolidar una porción minúscula a la vez que inconmesurable de la sociedad aragonesa.

GADAMER dice (1996, 468): «Lo que llega a nosotros por el camino de la tradición lingüística no es lo que ha quedado sino algo que se transmite, que se nos dice a nosotros, bien bajo la forma del relato directo, en la que tienen su vida el mito, la leyenda, los usos y costumbres, bien bajo la forma de la tradición escrita, cuyos signos están destinados inmediatamente para cualquier lector que esté en condiciones de leerlos».

Mosén Andolz supo trabajar en el territorio difuso de la tradición oral para establecer los pilares de algo mayor: una tradición escrita. Ha pasado a ser, por tanto, artífice destacado de la consolidación –siempre efímera e inestable– de la memoria colectiva. Ha sido, sobre todo, eslabón privilegiado de la transmisión del solar cultural de la sociedad altoaragonesa.

Esto supone un paso crucial si consideramos la historia de esta sociedad aragonesa. Podemos afirmarlo a partir de lo que señala GADAMER (1996, 469): «la tradición escrita no es solo una porción de un mundo pasado sino que está siempre por encima de éste en la medida en que se ha elevado a la esfera del sentido que ella misma enuncia. Se trata de la idealidad de la palabra, que eleva a todo lo lingüístico por encima de la determinación finita y efímera que conviene a los demás restos de lo que ha sido. Pues el portador de la tradición no es ya tal o cual manuscrito que es un trozo del entonces, sino la continuidad de la memoria. A través de ella la tradición se convierte en una porción del propio mundo, y lo que ella nos comunica puede acceder por sí mismo al lenguaje».

El trabajo personal pasa a ser una propiedad colectiva. No se apropia ni se plagia, se recrea y se apropia por quienes se sienten invitados a participar de las mismas coordenadas de referencia.

El reto sembrado con la obra de Andolz es seguir haciendo de registradores de la vida cotidiana. Es una quehacer a medio camino entre la recuperación, la reconstrucción y la esperanza. No es arqueología. Es un intento de dar vida y eternidad a los acontecimientos que configuran el imaginario social de una comunidad humana, la nuestra.

El horizonte que queda por delante es tan inalcanzable como movable. ¿Tiene sentido seguir con la tarea de mantener una lengua como el aragonés en un mundo como éste?

Esa es una pregunta impertinente que solo se responde desde la práctica. El sentido se construye, no está dado. Se ha de modelar con las hebras de la urdimbre de significados socialmente disponibles. Pero, ante todo, es una apuesta: ¿a quién le gusta un mundo sin colores? Rafel Andolz puso a nuestra disposición un arco iris.

Bibliografía

- BERGER, P.; LUCKMANN, T. (1995), *La construcción social de la realidad*, Amorrortu-Ed., Buenos Aires.
- EGGERS LAN, C.; JULIÁ, V. (1994), *Los Filósofos presocráticos*, Ed. Gredos, Madrid.
- GADAMER, H. G. (1996), *Verdad y Método*, Ed. Sígueme, Salamanca.
- GAVÍN, J.; MARCUELLO, Ch. (2000), «Tres pilares de un país», en *Mosén. Historias de curas del Pirineo Aragonés*, Ed. Pirineum, Jaca.
- GIDDENS, A. (1993), *Consecuencias de la Modernidad*, Ed. Alianza, Madrid.
- HEIDEGGER, M. (1992), *El ser y el tiempo*, Ed. Planeta-Agostini, Barcelona.
- MARCUELLO, Ch. (1995), «Mosén José Pardo Asso. Un aragonés para la memoria», en *Rolde, Revista de Estudios Aragoneses*, 74 (octubre-noviembre 1995), pp. 42-49
- PÉREZ DÍAZ, V. (1996), «España, rumbo a Europa», en CEBEIRO, J. (1996), *Memoria de la Transición. Del asesinato de Carrero a la integración en Europa*, Ed. El País, Madrid, pp. 453-455.

¹ Siguiendo a GIDDENS (1993, 58), «la vida en el mundo moderno se asemeja más a estar subido al carro de Juggernaut que a bordo de un automóvil cuidadosamente controlado y bien conducido». Y sigue diciendo en una nota del propio Giddens, a pie de página: «el 'carro de Jugernaut o Jagannath', se refiere a un mito hindú en el cual la imagen del dios bramánico Krichna solía ser sacada en procesión colocada sobre un carro cuyas ruedas aplastaban a los fieles que de esta manera se sacrificaban a la divinidad».

² Hacemos referencia a su ya clásico texto *Capitalismo, Socialismo y democracia* (1942).

³ Dice HEIDDEGGER (1992, 42): «El concepto de logos es en Platón y Aristóteles equívoco, y de tal suerte, que las significaciones son contrarias y no están ligadas positivamente por una significación fundamental. Pero en realidad, solo parece ser así y en tanto que la exégesis no logra aprehender adecuadamente la significación fundamental y su contenido primario. Si decimos que la significación fundamental de logos es 'habla', esta traducción literal únicamente tendrá pleno valor después de determinar lo que quiera decir 'habla'. La historia ulterior de la significación de la palabra logos, y ante todo las múltiples y arbitrarias exégesis de la filosofía posterior, encubren constantemente la significación propia del habla, que es bastante patente. Logos se 'traduce', es decir, se interpreta, como razón, juicio, concepto, definición, razón de ser o fundamento, proposición».

⁴ La vida y obra de mosén José Pardo Asso tiene mucho de interesante y todavía por investigar. Algunos detalles sobre ambas facetas se pueden leer en trabajos anteriores: uno en la revista *Rolde* (MARCUELLO, 1996); otro recién editado (GAVÍN & MARCUELLO, 2000).

⁵ Había sido amiga de la abuela Ramona. Ambas fueron compañeras de juego en Latre... El lugar donde mi bisabuelo le propinó una buena tunda el día que a su hija, mi abuela, se le ocurrió ir a la escuela. Ella quería aprender. Pero, como nos contaba mi padre, no pudo, mi bisabuelo le dijo: *—¿Tú a qué vas a la escuela? No necesitas ni leer ni escribir. ¿O es que no piensas trabajar?—*. No conocí a mi abuela Ramona, pero algo de ella se traslucía en la señora Cesárea, de su misma generación.

⁶ «los universos simbólicos constituyen el cuarto nivel de legitimación. Son cuerpos de tradición teórica que integran zonas de significado diferentes y abarcan el orden institucional en una totalidad simbólica» (BERGER y LUCKMANN, 1995, 124).

⁷ Se pierde el mundo cotidiano y comienzan a aparecer los museos etnológicos. La vivencia barruntaba que los viejos cacharros de siempre estaban a punto de ingresar en el terreno de la historia.

⁸ Fue un proceso que llegaba a su cenit. Fue un ejercicio de voluntad colectiva liderado por una generación de políticos criados en el régimen, pero con los ojos más allá de esos orígenes. En el esfuerzo, se preveían grandes beneficios, porque si se conseguían los objetivos propuestos se pasaría a formar parte del club de los países del primer mundo. Se superaba la singularidad política. Se superaba la renuncia y autocensura de décadas anteriores. Se superaba para romper con una tradición que ni el propio régimen franquista podía seguir soportando.

⁹ En este sentido conviene recordar la tesis de BERGER y LUCKMANN (1995, 58): «Debido a su capacidad de trascender el aquí y ahora, el lenguaje tiende puentes entre diferentes zonas dentro de la realidad de la vida cotidiana y las integra en un todo significativo. Las trascendencias tienen dimensiones espaciales, temporales y sociales. Por medio del lenguaje puedo trascender el espacio que separa mi zona de manipulación de la del otro; puedo sincronizar mi secuencia de tiempo biográfico con la suya, y dialogar con él sobre individuos y colectividades con los que de momento no estamos en interacción 'cara a cara'. Como resultado de estas trascendencias, el lenguaje es capaz de 'hacer presente' una diversidad de objetos que se hallan ausentes —espacial, temporal y socialmente— del 'aquí y ahora'».

¹⁰ A raíz de aquella interpelación me incorporé a trabajar en Amigos de Serrablo. Desde entonces sigo. Tenía mucha razón al recordar que no es suficiente con el bla, bla, bla...